

Ansgar Lorenz
(ilustraciones)

Reiner Ruffing
(textos)

KARL MARX

Traducción de:
Almudena Otero Villena

la otra h

Titulo original: Karl Marx. Philosophie für Einsteiger
Traducción: Almudena Otero Villena
Diseño de la cubierta: la otra h

© 2013, Wilhelm Fink Verlag, Múnich
© 2018, la otra h, Barcelona

1.ª edición, 2.ª impresión, 2019

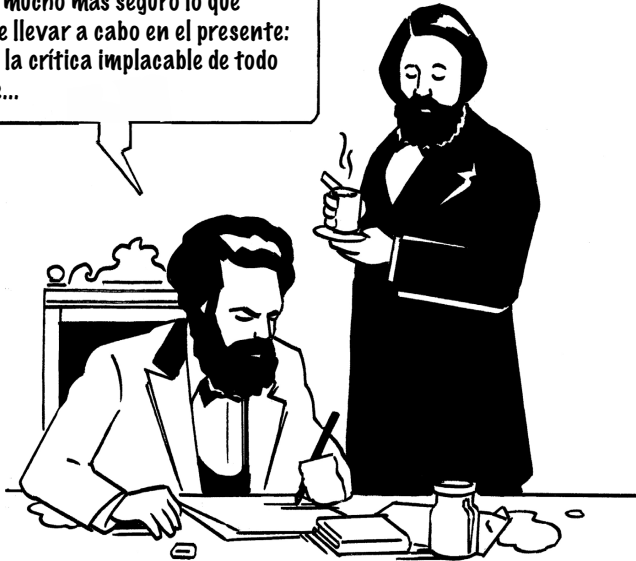
ISBN: 978-84-16763-42-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Sagrafic
Depósito legal: B - 23.590 - 2018
Impreso en España - Printed in Spain

la otra h
www.laotrah.com

Si la construcción del futuro y dejar las cosas arregladas y dispuestas para todos los tiempos no es incumbencia nuestra, es mucho más seguro lo que tenemos que llevar a cabo en el presente: me refiero a la crítica implacable de todo lo existente...



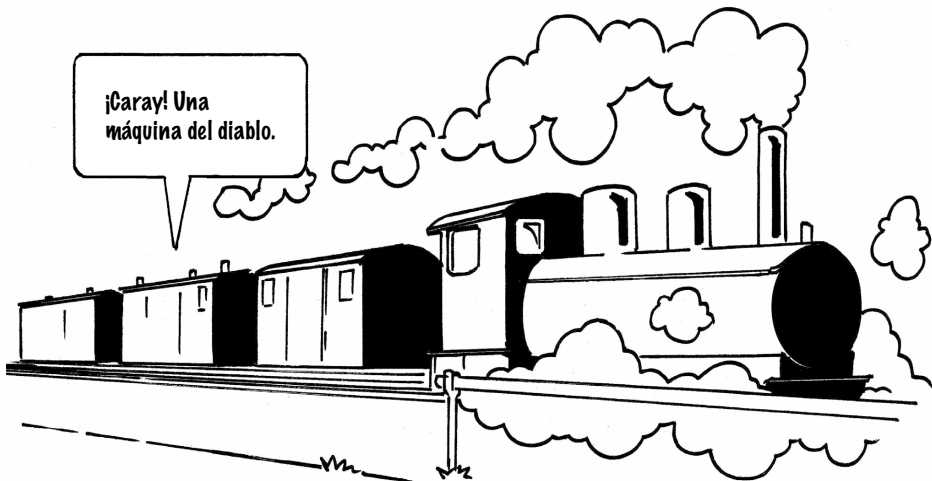
... implacable tanto en el sentido de que la crítica no debe asustarse de sus resultados como en el de que no se debe rehuir el conflicto con las potencias dominantes.

Carta de Marx a Ruge, Kreuznach, en septiembre de 1843.



La Revolución Industrial

Marx vivió en la época de la Revolución Industrial, que tuvo su origen en el siglo XVIII en Inglaterra y que a mediados del siglo XIX se extendió a Alemania. La Revolución Industrial designa la drástica transformación del mundo del trabajo y de la sociedad por medio de máquinas más potentes (por ejemplo, la máquina de vapor y después los motores de combustión y eléctricos) que sustituyen la fuerza humana o animal a gran escala. En las fábricas — pensemos en la industria siderúrgica en España— la producción en masa se abarata. Los conocimientos médicos y la mejora de las condiciones sanitarias e higiénicas provocan un descenso de la tasa de mortalidad, de modo que, por ejemplo en Alemania, entre 1800 y 1914 la población se triplicó.



Éxodo rural

El cambio del modo de producción provoca un éxodo rural. En las ciudades se forma el proletariado industrial, que trabaja hasta 16 horas al día por salarios mínimos. El consiguiente empobrecimiento da origen a la llamada «cuestión social».



Apostilla. Sobre el concepto de «proletariado»

Sobre la génesis del concepto *proletario* (del lat. *proles*, descendiente; en la antigua Roma, ciudadanos pobres que carecían de tierras, que eran «libres» y que dependían de un salario) escribe el historiador Werner Conze en Alemania: «El concepto de “proletario”... designaba en general a una persona sin bienes, que vivía al día. En Alemania la palabra está documentada en el siglo xvii. Así, por ejemplo Kaspar Stieler habla de que los artesanos malos y chapuceros con frecuencia son la mayor plaga de las comunidades y origen del peor proletariado. Sin embargo, la palabra siguió siendo rara en el siglo xviii, puesto que apenas se usaba. Pero en la primera década del siglo xix, cuando el “exceso” de plebe se convirtió en una preocupación amenazante, la palabra —en gran parte impulsada por la francesa *prolétaire*, referida a aquellos que se propagan desde abajo— se generalizó: se correspondía con el novedoso fenómeno de la plebe sin ataduras, que con ello dejaba de ser clase plebeya».

La cuestión social

Los inicios del movimiento obrero en Alemania

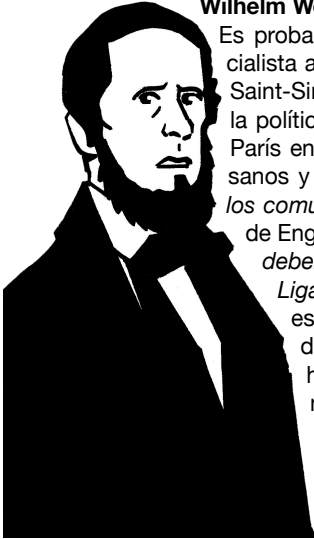
Fue en Francia donde primero se desarrollaron teorías y soluciones para la llamada «cuestión social». En Alemania, el poeta Georg Büchner, en el panfleto *El mensajero rural de Hesse*, llamaba a los campesinos de Hesse a levantarse con el grito de guerra de la Revolución francesa: paz a las chozas, guerra a los palacios. En una carta a su familia del 1 de enero de 1836 describe toda la miseria en la época del *take off* industrial: «Vengo del mercado de Navidad; por todas partes hay grupos de niños harapientos y muertos de frío, que con ojos muy abiertos y caras tristes estaban delante de las delicias de agua y harina, bagatelas y papel dorado. El pensamiento de que incluso los placeres y alegrías más insignificantes son tesoros inalcanzables para la mayor parte de las personas me llenó de amargura».

¡Paz a las
chozas,
guerra a los
palacios!



En *Woyzeck*, un fragmento teatral póstumo del año 1837, Büchner da forma a su amargura al ver que el proletariado de entonces no hacía nada contra la injusticia. El protagonista, Woyzeck, un soldado pobre y maltratado, mata a su novia Marie en vez de vengarse de sus superiores, que son los responsables de su miseria.

Wilhelm Weitling y la Liga de los justos



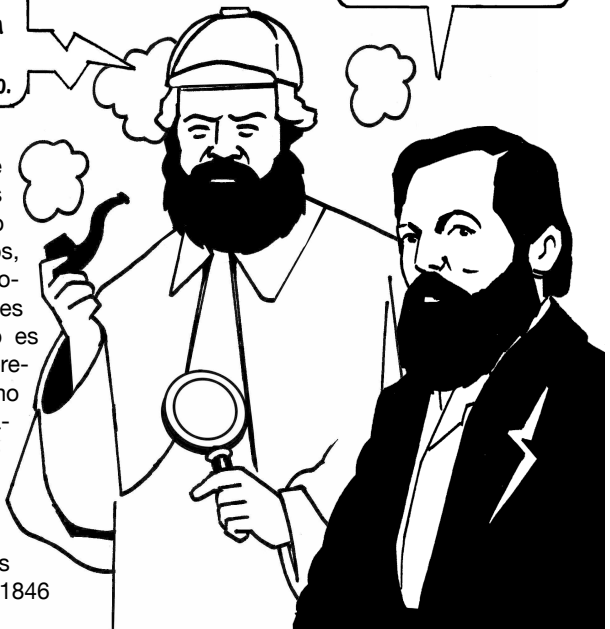
Wilhelm Weitling (1806-1871)

Es probable que Weitling, un oficial de sastre ambulante, sea el socialista alemán más importante anterior a 1848. Había leído obras de Saint-Simon, Fourier, Cabet y Owen, y en un primer momento definió la política de la *Liga de los justos*. La *Liga de los justos* se fundó en París en 1837 como una organización política de intelectuales, artesanos y obreros emigrados. Después fue rebautizada como *Liga de los comunistas*, para quedar, cada vez más, bajo el influjo de Marx y de Engels. El texto de Weitling *La humanidad tal como es y tal como debería ser* (1839) se concibió como el texto programático de la *Liga de los justos*. Marx y Engels fueron capaces de impedirlo, y escribieron el manifiesto ellos mismos. Weitling estaba imbuido de la visión mesiánica de una sociedad justa, donde los seres humanos —tras la abolición del dinero— vivirían en una comunidad de bienes.

Por desgracia, los socialistas de aquí no sirven absolutamente para nada. Tendremos que ocuparnos nosotros mismos de aclarar el caso.

Ya sé, ya sé Holmes... eh, mi querido moro

La primera frase del texto de Weitling dice así: «La cosecha es grande y madura y hay trabajo en abundancia; así que, acercaos, obreros, para que empiece la cosecha. El campo de la cosecha es un campo de honor, el trabajo es glorioso y la recompensa imperecedera, pues el amor al prójimo es nuestra hoz y la ley verdaderamente divina: ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo». Su ingenua religiosidad fue criticada con mofa por Marx y por Engels. Tras un enfrentamiento con ellos, en 1846 se marchó a América.



Quien comete violencia contra los más pequeños blasfema contra su creador; pero quien se compadece del pobre honra a Dios.



Barón von Ketteler (1811-1877)

La respuesta cristiana a la *cuestión social*

Desde las filas de la Iglesia católica se alzaron voces en favor de los derechos de los trabajadores. En 1891, el papa León XIII promulgó la encíclica *Rerum novarum* sobre las condiciones de las clases trabajadoras. En ella se apoyaba el derecho de los obreros a formar sindicatos, aunque al mismo tiempo se defendía el derecho a la propiedad privada.

En España puede decirse que antes de la publicación de la *Rerum novarum* no había un movimiento católico-social propiamente dicho, más allá de iniciativas puramente caritativas. La excepción serían los círculos obreros del padre Antonio Vicent, en los que, además de propagar la fe entre los obreros, se buscaba mejorar su formación a través de conferencias o clases. Sus objetivos no eran reivindicativos, aunque si pusieron en marcha iniciativas de ayuda social: socorros para enfermos, cajas de ahorro, tiendas de abastecimiento, cocinas económicas, etc. En 1895 los círculos de obreros eran 169 y sus socios sobrepasaban los 36 000, concentrados sobre todo en Valencia, Cataluña y el interior de la península.

En otros países europeos la situación fue muy distinta. En Alemania, en la asamblea de Frankfurt de 1848 (el primer parlamento alemán, convocado tras la

revolución de marzo de ese mismo año, que trató de establecer la unificación de Alemania de una manera democrática y redactó la primera constitución alemana), el barón Wilhelm Emmanuel von Ketteler intercedió en favor de medidas contra las injusticias sociales. Para él que luego sería obispo de Maguncia, la *cuestión social* era, sin duda, el problema más relevante: «Si queremos comprender esta época tenemos que tratar de profundizar en la «cuestión social»». A diferencia del enfoque revolucionario del *Manifiesto comunista*, sus ideas para superar la miseria tenían un origen moral e idealista: «Para sanar el mal social no basta con que alimentemos o vistamos a algunos pobres más... Esta es solo la parte más pequeña de nuestra tarea... tenemos que neutralizar una enorme brecha, un odio profundamente arraigado entre ricos y pobres, y reparar una corrupción profunda, moral, en una parte numerosa de nuestros hermanos pobres, que han perdido toda fe, toda esperanza, todo amor a Dios y al prójimo; tenemos que volver a levantar la pobreza espiritual de los pobres de cuerpo» (segundo sermón). Como Ketteler, también el pastor evangélico Johann Hinrich Wichern (1808-1881) vio la «cuestión social» sobre todo bajo el aspecto de la atención pastoral.

La respuesta a la «cuestión social»

En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels anuncian la revolución proletaria y el período histórico del comunismo. Para impedir esto —pero también porque no se quería ver cómo los súbditos imprescindibles para la producción y para el servicio militar se iban empobreciendo o morían— en diferentes países europeos se tomaron medidas para ayudar a corregir la pobreza de las clases trabajadoras. El primero fue el Imperio alemán, al que siguieron Reino Unido y la tercera República francesa. De este modo, entre 1881 y 1888 el príncipe conservador Otto von Bismarck creó la legislación social. Con el seguro médico, de jubilación y de accidentes aparecieron los primeros elementos importantes del estado social. Alemania creció en el siglo XIX hasta convertirse en poco tiempo en uno de los países industrializados más poderosos y se formó una clase trabajadora con intereses homogéneos que comenzó a reclamar sus derechos cada vez con más fuerza. En el país y en los partidos políticos se discutía, en vista de las inhumanas condiciones de trabajo —jornada de 16 horas, trabajo infantil, salarios miserables— la «cuestión social», o mejor dicho, la «cuestión obrera».



Otto von Bismarck
(1815-1898)

Con respecto a la cuestión obrera, Bismarck actuó a dos bandas: ¡con palo y zanahoria! Por una parte, por medio de la seguridad social —obreros y empresarios pagan la mitad de las cuotas— se debía proteger colectivamente al proletariado frente a los riesgos del mundo laboral capitalista para reconciliar a los obreros con la monarquía (= zanahoria). Por otra parte, el movimiento obrero fue reprimido con la ley antisocialista (= palo). La *Ley contra el peligro público de las aspiraciones socialdemócratas* prohibía todas las organizaciones de trabajadores y trabajadoras con excepción del grupo del Reichstag. Esta medida no tuvo éxito, pues cuando fue derogada, en 1890, el Partido Socialista se había fortalecido aún más.

El socialismo utópico

La historia es la historia de las luchas de clases

Karl Marx fue, con mucho, el pensador revolucionario más significativo del siglo XIX. Analizó las leyes del capitalismo y examinó las estrategias del poder. En la cuestión obrera representó una posición crítica y radical. En sus obras principales —*La ideología alemana* (1846), *La miseria de la filosofía* (1847), *Manifiesto comunista* (1848) y *El capital volumen 1* (1867)— concibe la historia como la historia de las luchas de clases. Marx no confiaba en que la burguesía y los viejos poderes cedieran sin más sus privilegios. Por eso no se cansó de sondear bajo qué condiciones y con qué estrategias una revolución proletaria tiene las mayores probabilidades de éxito.

La «Miseria de la Filosofía» surgió en un momento en el que había elaborado definitivamente los principios fundamentales de mis nuevas concepciones históricas y económicas. El libro de Proudhon «*Système des contradictions économiques, ou philosophie de la misère*», publicado poco antes, me dio pie para desarrollar estos principios fundamentales.¹

Así que solo te serví como compañero de entrenamiento...

¡Siéntete honrado! Después de todo no fuiste el único socialista utópico destacado.



Pierre-Joseph Proudhon
(1809-1865)

Marx criticó a los socialistas franceses de su tiempo por su deficiente comprensión de los determinantes económicos.

Sin conocimientos de la economía política clásica (Adam Smith, David Ricardo, Simondi) los proyectos de los primeros socialistas se quedaban —por muy buenas que pudiesen ser sus intenciones— en meras utopías.

Dicho de otra manera, con una terminología económica poco clara no es posible, según Marx, construir un Estado socialista: Así pues, «¿en qué consiste toda la dialéctica de Proudhon? En sustituir el valor de uso y el valor de cambio, la oferta y la demanda, por nociones abstractas y contradictorias, tales como la escasez y la abundancia, la utilidad y la opinión, un productor y un consumidor, ambos caballeros del libre arbitrio».²

1 K. Marx, *La miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de P.-J. Proudhon*, México, Siglo XXI, p. 167.

2 *Ibid.*, p. 13.

Marx critica a los representantes del socialismo utópico

Se conoce como «socialistas utópicos» las corrientes y teorías que entre 1789 y 1848 se esforzaron por lograr otro orden social con el fin de corregir las graves injusticias sociales. Marx y Engels criticaron a los socialistas utópicos con el argumento de que no contaban con una teoría científica clara ni con un programa de acción realista.



Claude-Henri Saint-Simon (1760-1825)

Para Saint-Simon, descendiente empobrecido de la alta nobleza, la historia de la humanidad pasa por tres fases: 1. Antigüedad (esclavitud, politeísmo), 2. Edad Media (monarquía, monoteísmo) y 3. Edad Moderna (industria, ciencia). En la Edad Moderna serían los científicos y los productores los que dirigirían la sociedad. La nobleza, los rentistas, los juristas y los militares pierden su razón de ser, ya que son inútiles para la sociedad. A los banqueros, sin embargo, les reservaba un papel primordial. Saint-Simon entendió la Revolución francesa como una lucha de los productores contra las clases ociosas. En su utopía, la ciencia guiaría la política. Para Saint-Simon el trabajo era una bendición para la humanidad, símbolo de una felicidad futura. Feliz es aquel que hace algo útil. Se imaginaba la sociedad como una enorme empresa (sin Estado) con un buen funcionamiento. Los empresarios y los trabajadores deberían ser solidarios entre ellos. Saint-Simon apela a la razón y a la moral de los empresarios para tratar de un modo justo a sus trabajadores. En *El nuevo cristianismo* (1825) defiende la esperanza de poder erigir el reino de los cielos en la Tierra. Los discípulos de Saint-Simon desarrollaron sus enseñanzas hasta un evangelio del hedonismo, que impresionó fuertemente a Heine.

El socialismo utópico: Charles Fourier

Charles Fourier (1772-1837)

Fourier, hijo de un comerciante, perdió su fortuna en las revueltas de la guerra civil del año 1793. Pronto se convirtió en un destacado representante del socialismo utópico. Su obra, escrita entre los años 1802 y 1825, fue incluida en el *Índice de libros prohibidos*. Mientras que a Saint-Simon le preocupaban fundamentalmente las fuerzas de producción, Fourier se interesó más por las relaciones de producción. El ser humano se forma en función de las circunstancias, por lo que se trata de crear las condiciones para que cada individuo pueda desarrollar, a ser posible en libertad, sus talentos. Para Fourier, el progreso en la historia se mide en relación con la posición de la mujer. El lugar de nacimiento de su obra es Lyon, la ciudad de la seda, que tenía entonces 50 000 trabajadores, tanto a domicilio como en fábricas. Lyon era entonces una de las ciudades más pobres de Europa.



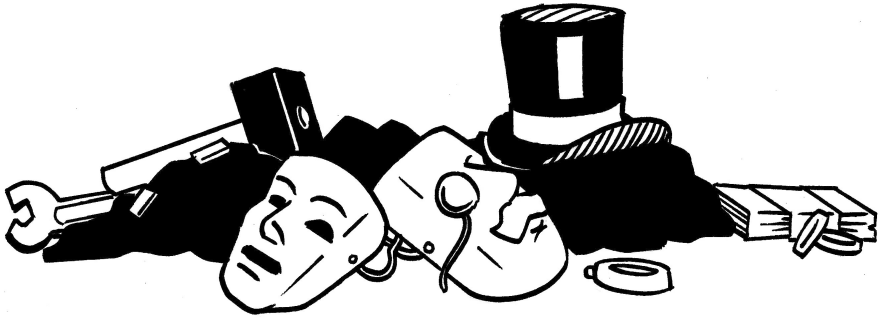
La utopía social de Fourier: el falansterio

La utopía social de Fourier parte de unos medios de producción planificados y administrados de manera colectiva. El capital no se repartirá, sino que se empleará únicamente para invertir. En estas cooperativas, los falansterios, todos trabajarán con ganas y pasión. La sociedad obedecerá el principio de utilidad. De este modo, pronto aumentarán la productividad y el bienestar. En los colectivos trabajarán juntos, para enriquecerse mutuamente, personas con diferentes inclinaciones y caracteres. Fourier diferenció 810 diferentes caracteres y tipos. Su sistema educativo combina clases teóricas con trabajo técnico, modelo de las escuelas politécnicas en la República Democrática Alemana. Para Fourier el «derecho al trabajo» era el más importante de todos los derechos humanos. Criticó duramente a los comerciantes al insultarlos llamándolos «sanguijuelas», «vampiros» y «bandadas de buitres». Marx, por el contrario, evita tales críticas moralizantes. Para él son las circunstancias sociales las que alimentan, en primer lugar, los caracteres.

Crítica de la crítica personalizada del capitalismo

Justamente, contra estas críticas sociales de carácter moralizante se dirige Marx cuando concibe a los capitalistas como portadores de máscaras escénicas.

En el primer volumen de *El capital* explica: «Una palabra, para evitar posibles tergiversaciones. Las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas aquí, ni mucho menos, de color de rosa. Pero las personas solo nos interesan en cuanto personificación de categorías económicas, como exponentes de determinadas relaciones de clase y de determinados intereses. Mi punto de vista, el de que el desarrollo de la formación económica de la sociedad constituye un proceso histórico-natural, es el menos llamado a hacer al individuo responsable de condiciones de las que él es socialmente un producto, aunque subjetivamente puede considerarse muy por encima de ellas... En el transcurso de esta exposición veremos que las máscaras escénicas económicas de los personajes no son más que personificaciones de las relaciones económicas y se enfrentan en cuanto exponentes».⁴



Apostilla. Louis Althusser (1918-1990)

Sobre todo fue Louis Althusser, el filósofo parisino, quien intentó demostrar en *Pour Marx* (1965) y (junto con Etienne Balibar) *Lire le Capital* (1968) que a Marx no le interesaba en última instancia un marxismo humanista moralizante, sino que con *El capital*, su obra más importante, interpretó la sociedad como una estructura compleja y alcanzó una visión propiamente científica de las leyes históricas de evolución. En Althusser el ser humano desaparece del centro. Los verdaderos sujetos son las estructuras económicas, los aparatos estatales, las relaciones entre producción y consumo. Esto no significa necesariamente que Althusser, o Marx, defiendan *posiciones inhumanas*. Lo que buscaban era diferenciar entre análisis sociales científicos y rigurosos y posiciones ideológicas.



El socialismo utópico: Proudhon y Blanqui

Pierre-Joseph Proudhon

Proudhon, natural de Besançon e hijo de un artesano, fue un ardiente seguidor de las ideas socialistas. En su texto sobre la cuestión de qué es la propiedad dio esta célebre respuesta: *La propiedad es un robo*. Proudhon fue llevado ante los tribunales y absuelto. Marx lo conoció personalmente en París. En conversaciones con él intentó transmitirle la dialéctica y filosofía hegelianas. Pero a diferencia de Marx, la crítica social de Proudhon no fue más allá de las exigencias idealistas de más justicia y bondad social. Proudhon criticó duramente los ingresos sin trabajo. Los intereses, rentas, alquileres, eran para Proudhon obra del diablo. Quería suprimir estos ingresos: cada uno debía ser remunerado según lo que realmente hubiera trabajado. Como Saint-Simon, Proudhon no pretendía la abolición de la propiedad, sino que esta llegase a muchos medianos y pequeños propietarios. El objetivo era una *democracia industrial*. Las fábricas deberían ser propiedad colectiva de los obreros que trabajasen en ellas. Marx criticó a Proudhon en su texto *La miseria de la filosofía* (1847). Le recriminaba que convirtiese las categorías económicas en «ideas eternas, en lugar de considerarlas como expresiones teóricas de relaciones de producción formadas históricamente y correspondientes a una determinada fase de desarrollo de la producción material».⁵

Pierre-Joseph
Proudhon
(1809-1865)

Necesitamos
una transición al
socialismo paulatina
y no violenta.

¡Objeción! Solo
a través de
la...

Louis-Auguste
Blanqui
(1805-1881)

... acción revolucionaria
y violenta alcanzare-
mos el socialismo.

Louis-Auguste Blanqui

El hijo de un girondino fue el más radical entre los socialistas utópicos. Por propagar la sublevación inmediata y armada en forma de conspiración y llevarla a cabo, permaneció 36 años de su vida en prisión. Blanqui defendía la postura de que en el capitalismo los obreros no eran remunerados de un modo justo. No fue un gran teórico, sino un activista. Para el movimiento obrero puso de relieve la importancia de una organización revolucionaria que, si es necesario, actúe en la clandestinidad y recurra a medios conspirativos. Cuando más tarde, dentro del movimiento obrero, se habló de *blanquismo*, fue, en general, como un insulto para aquellos que se lanzan inmediatamente al ataque sin querer esperar el momento apropiado para la revolución

5 K. Marx, *Miseria de la filosofía*, op. cit., p. 162.

Programa de la revolución

A diferencia de los socialistas utópicos, Marx y Engels pensaron en medidas muy concretas que debían tomarse en el caso de un triunfo de la revolución proletaria. En 1847, el estratega militar Engels elaboró para la *Liga de los comunistas* un plan de acción. Más tarde sirvió como modelo para el *Manifiesto comunista* (1848).

1. Restricción de la propiedad privada mediante impuestos progresivos, fuertes impuestos sobre las herencias, abolición de la herencia en las líneas laterales (hermanos, sobrinos, etc.), préstamos forzosos, etc.
2. Expropiación gradual a los propietarios agrarios, fabricantes, dueños de ferrocarriles y armadores, en parte a través de la competencia de la industria estatal, en parte directamente, con una indemnización en asignados.
3. Confiscación de los bienes de todos los emigrados y de los rebeldes contra la mayoría del pueblo.
4. Organización del trabajo u ocupación de los proletarios en fincas nacionales, fábricas y talleres, con lo cual se eliminará la competencia de los obreros entre sí, y los fabricantes, mientras sigan existiendo, tendrán que pagar salarios tan altos como el Estado.
5. Misma obligación de trabajar para todos los miembros de la sociedad hasta la supresión completa de la propiedad privada. Formación de ejércitos industriales, sobre todo para la agricultura.
6. Centralización del sistema de créditos y el mercado monetario en manos del Estado a través de un banco nacional con capital estatal, y supresión de todos los bancos privados y banqueros.
7. Aumento de las fábricas nacionales, talleres, ferrocarriles y barcos, cultivo de todas las tierras y mejora de las que ya están cultivadas en la misma proporción en que se incrementan los capitales y los obreros a disposición de la nación.
8. Educación de todos los niños en instituciones estatales y por cuenta del Estado desde el momento en que puedan prescindir del cuidado de la madre. Conjugar la educación y el trabajo en fábricas.
9. Construcción de grandes palacios en las fincas estatales como viviendas colectivas para las comunidades de ciudadanos, que se dediquen tanto a la industria como a la agricultura, y que reúnan las ventajas tanto de la vida en la ciudad como en el campo, evitando los desequilibrios y desventajas de ambos modos de vida.
10. Destrucción de todas las viviendas y barrios insalubres y mal contruidos.
11. Mismo derecho de herencia para los hijos legítimos y los naturales.
12. Concentración de todos los medios de transporte en manos de la nación.

Un fantasma recorre Europa

¿Quién no conoce la frase que introduce el *Manifiesto comunista*, redactado por Marx y Engels en el año 1848: *Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo*? Quien espere, sin embargo, una condena del capitalismo, quedará decepcionado. Al contrario. Es probable que entre los apologistas del capitalismo apenas se encuentre un párrafo en el que se elogien tanto los logros de la burguesía como en el manifiesto: «Ha sido ella (la burguesía) la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas». Marx y Engels predicen con clarividencia la globalización: «Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes».⁶



Socialismo científico

Marx y Engels no argumentan en el manifiesto desde el punto de vista moral, es decir, no se contraponen la bondad moral del proletariado a la maldad de la burguesía. La reivindicación del socialismo en el sentido de una exigencia ética seguía siendo el programa de los llamados socialistas utópicos, de Babeuf a Blanqui. Marx y Engels defienden, en cambio, un socialismo científico. En su filosofía del *materialismo histórico*, Marx concibe la historia como determinada por leyes económicas que conducen al colapso del capitalismo y a la sociedad sin clases del socialismo o comunismo. En el *Manifiesto* se habla expresamente de la *inevitabilidad* de los procesos que conducen al socialismo: «Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que esta produce y se apropia de lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables».⁷

6 K. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, op. cit., p. 159.

7 Ibid., pp. 167-168.